

Introducción

El olé es una palabra
que no tiene explicación,
el olé es como una rosa
que sale del corazón.
¡Ay, olé con olé y olé y olá!

(de la copla *Canción del olé*)

A veces pretendemos explicar la historia desde el nombre de pocos hombres, pero olvidamos algo: los humanos no somos entes aislados. Nuestra actitud y nuestra forma de pensar responden a una época y a un lugar. Las personas dependemos de un contexto igual que las palabras se deben a un texto.

De esa coyuntura histórica brota nuestro pensamiento y nuestra forma de hablar. Partimos del conocimiento que nos dejaron otros para construir el futuro como podemos. «Si he logrado ver más lejos, ha sido porque he subido a hombros de gigantes», escribió Isaac Newton en una carta a Robert Hooke el 5 de febrero de 1675.

En esos hombros reposa la sabiduría de la que partimos al nacer. Y desde ahí, las personas que comparten una época y viven unos mismos hechos históricos, juntas, acaban formando una «persona colectiva», en voz de Ortega y Gasset.

Decía el filósofo que «la historia no se ocupa solo de tal vida individual». En su ensayo *La idea de generación*, explicó que «aun en el caso de que el historiador se proponga hacer una biografía, encuentra la vida de su personaje trabada con las vidas de otros hombres, y la de estos, a su vez, con otras; es decir, que cada vida está sumergida en una determinada circunstancia de una vida colectiva».

La idea de generación es reciente. Aunque ya hablaban de ella filósofos como John Stuart Mill, Auguste Comte o el propio Ortega, fue a finales del siglo xx cuando el concepto se hizo popular. Los historiadores William Strauss y Neil Howe se basaron en los estudios de estos tres investigadores para definir que una generación es un grupo de individuos que, durante la misma fase de su vida, presencian los mismos acontecimientos y referentes históricos. Eso condiciona sus ideas, sus valores, su comportamiento y, como indica el lingüista Allan Metcalf, también su lenguaje. Y, así, con su vocabulario, sus expresiones y su forma de hablar dejan impresa en la historia la *marca lingüística* de esa generación.

Strauss y Howe llegaron a la conclusión de que la historia se mueve en ciclos de unos ochenta y ocho años. En cada uno de ellos conviven cuatro generaciones: la infantil (del nacimiento a 20 años), la adulta joven (de 21 a 42 años), la de mediana edad (de 43 a 64) y la de los mayores (de 65 en adelante). Y es cuando estos grupos de edad avanzan al estadio siguiente cuando se produce el paso de un periodo social a otro.

La generación joven es la protagonista de cada época y la que, con sus rasgos, le da la identidad. Los jóvenes se imponen frente a otros, como los niños y adolescentes, que aún están en la retaguardia, o los ancianos, que andan ya en retirada. Quizá por eso cuando una persona habla de *su época* o de *sus tiempos* siempre se refiere a sus años de juventud. «En mi época, no tomábamos *pizzas* y esas porquerías. Nos comíamos un buen *puchero*», podría decir una persona nacida en los años veinte. Y al escuchar un *twist* del Dúo Dinámico, su hijo podría soltar: «En mis tiempos, bailábamos esa música».

Es en su juventud cuando una generación deja la impronta de su personalidad en la historia y cuando sus miembros sellan los rasgos de identidad que los definirán el resto de su vida. Y lo habitual es que después, en la madurez, tomen el control de la sociedad y ocupen los puestos de poder.

En la actualidad conviven estas generaciones, según la clasificación de Strauss y Howe:

- La **Generación silenciosa** está formada por las personas nacidas entre 1925 y 1942; dieron identidad a las décadas de 1940 y 1950.

- Los **baby boomers** son los nacidos entre 1943 y 1960; dieron identidad a las décadas de 1960 y 1970.
- La **Generación X** está formada por los nacidos entre 1961 y 1981; dieron identidad a las décadas de 1980 y 1990.
- Los **milenials** son los nacidos entre 1982 y 2004; dieron identidad a las décadas del 2000 y 2010.
- La **Generación Z** está formada por los nacidos a partir de 2005 que darán identidad a las décadas de 2020 y 2030.

Esta clasificación es la que utilizo como referencia para hablar de las generaciones lingüísticas españolas. Y comparto su visión de que la vida de un individuo avanza en una cadencia de cuatro etapas (infancia, juventud, madurez y vejez). Si ocurre así con las cosechas, en un ciclo que avanza de la semilla al fruto maduro, ¿por qué no iba a pasar igual con las personas?

Parto de esta idea teniendo en cuenta que el modelo de estudio social propuesto por los dos estadounidenses carece de precisión matemática y solo actúa de catalejo por donde avistar a los individuos para intentar conocerlos mejor. Y sabiendo, además, que los hallazgos de hoy pueden ser los errores del mañana.

Desde esta perspectiva, la *marca lingüística* de cada generación nos lleva a ver el léxico como una de las pocas máquinas del tiempo que tenemos hoy disponibles. Además de las imágenes y los sonidos, las palabras —y los recuerdos que evocan— tienen el poder de teletransportarnos al pasado y ayudarnos a entender a las generaciones anteriores. En cada término hay inscritos cientos de historias.

Las palabras propias de una época son el selfi de un momento histórico. El retrato resulta de una de las obras colectivas más impresionantes de los humanos: su lenguaje, su forma de relacionarse, su modo de ver el mundo. En el léxico queda el sello de cada periodo, la foto de una sociedad, porque los vocablos nos visten, como la ropa, y mirándolas, es fácil descifrar una identidad.

El vocabulario habla de los valores, las costumbres y los ideales de cada época. Bastan dos palabras, el *virginal* de los silenciosos y el *poliamor* de los milenials, para entender la voltereta abismal que se ha producido en la moral de este país desde los años cincuenta a los

principios del siglo XXI. Y en cada voz, además de significado, hay un pulso vital. Las palabras nacen, mueren, duermen y de ellas brotan nuevas formas como del *hacker* derivó el *hackeo*. Las palabras se sienten, se viven; se mastican, se saborean. Las palabras emocionan y las palabras duelen. Tienen el poder evocador de un aroma y los referentes que cada hablante, cada generación, le quiera dar.

Para escoger las palabras que aparecen en este libro (tanto las que tienen un apartado propio como las que se mencionan a lo largo del texto y que marco en cursiva) utilicé diccionarios y herramientas que informan del uso de un vocablo, como el Corpus de Referencia del Español Actual (CREA) o Google Ngram. Consulté la *Wikipedia*, *Urban Dictionary* y otras páginas colaborativas que recogen la sabia voz de la calle. Recurrí a fuentes directas —las más apasionantes— como la música, el cine o la literatura de cada época. Ahí me ayudó mucho Google Books. Y conversé con hablantes de todas las generaciones; eso fue lo mejor. Descubrí que la persona que reflexiona sobre sus palabras se pone ante un espejo donde nunca se miró antes.

Desde que empecé a escribir el libro, los vocablos han tomado vida a mi alrededor. Desprenden datos como si los observara desde una aplicación de realidad aumentada. Antes pensaba que solo servirían para remolcar un significado. Ahora sé que, además, atesoran cientos de historias más allá de su significante.

Desde que el libro empezó a escribirse, las palabras me cuentan cosas; me hablan de sus cosas. Y me piden que no seamos arrogantes, ni desconsiderados, y no las tiremos a la basura porque ya no estén de moda. Ellas, a cambio, proponen llevarnos a otras épocas y estirar nuestro vocabulario lejos, muy lejos, hasta el infinito.

Me convencieron. Y por eso ahora reclamo la vuelta a escena de palabras como *lechuguino*, *guateque* o *botarate*. Pero necesito unas páginas más para convencerte.

Vamos al lío.

I

La generación silenciosa

(nacidos en las décadas de 1920 y 1930)



Campaban los felices años veinte cuando nacieron los primeros niños de la Generación silenciosa. El resto llegó mientras Estados Unidos se hundía en la Gran Depresión, los totalitarismos se apoderaban de Europa y en España estallaba una guerra civil. Los integrantes de esa generación, con sus dichos y sus palabras, dieron una identidad al lenguaje de la posguerra española y de los deprimidos años cincuenta.

A ellos les tocó vivir en una sociedad en la que la pobreza, el miedo y la castidad rebotaban contra sí mismas. En el tablero de juego solo habían quedado los *vencedores*. A los *vencidos* los arrojaron por el tragabolas.

Aunque el adjetivo *silenciosa* surgió en Estados Unidos, en España, aquella generación cumplió con su significado al pie de la letra. La dictadura de Francisco Franco amordazó la libertad de expresión y la educación; más que instruir, intentó *someter* a los *súbditos* del Estado y convertirlos en dóciles *subordinados*. La religión, desde la penumbra del confesionario, se encargó de rematar el asunto con frases como «la vida es un valle de lágrimas» o «hemos venido al mundo a *sufrir*».

La censura y los militares aplastaron los pensamientos de los que intentaron *salirse del tiesto*. La discrepancia había que comérsela a solas, en sótanos secretos, con las pocas sopas que tenían para echarse al *gaznate*. Solo había dos opciones para las voces contrarias: vivir entre el *silencio* y los *susurros* o zarpar hacia otro país *silbando* aquella copla de Antonio Molina que lloraba «mi España, tierra querida, pa'siempre adiós».

El habla, como todo lo demás, quedó bajo vigilancia estricta. Los que se quedaron tuvieron que recurrir a menudo a un lenguaje con rodeos, circunloquios y eufemismos. Tuvieron que tragarse cientos de palabras prohibidas y oír aquel amenazante «usted no sabe con quién está hablando». La única escotilla que tenían para que entrara un poco de aire era el humor. En chistes y viñetas disfrazaban lo que querían expresar; y así, la revista satírica *La Codorniz* se convirtió en un refugio para disidentes.

Las mujeres que evitaron el exilio fueron desterradas al sigilo más absoluto. Aunque en 1943, en la revista *Medina*, les hicieron una concesión. Un artículo titulado «Ignorancia» declaraba que se podía «transformar a las inútiles damiselas encorsetadas en amables compañeras de investigación». Pero sin pasarse, «porque puestos a elegir, preferimos aquélla, callada y *silenciosa*, que nos considera maestros de su vida y que acepta el consejo o la lección con humildad de quien se sabe inferior en talento (...). Peor, mil veces, una mujer pedante y orgullosa que una dulce *sombra* que confiesa humildemente su falta de preparación».

Hasta el mismísimo Caudillo, *salvador* de la patria, era un hombre *silencioso*. «Franco es el gobernante sabio. Y trabaja en *silencio*, sin descanso, para guiarnos en la paz», relataba un libro de lecturas titulado *Nosotros*.

Aquella gente fue *sometida* a un régimen impuesto a balazos. Los obligaron a ser *sumisos* y los condenaron a vivir a la *sombra* de una casta dominante de clérigos y militares. Pero en aquellos años cuarenta, cuando aún se oía el eco de los disparos, el régimen del Generalísimo los obligó a *sonreír*.

A las mujeres, más que a nadie, les encargaron cultivar la mueca de la felicidad. Desde bien *pollitas* las instruían para que jamás escondieran la *sonrisa* y, menos aún, osaran *perder el oremus*. «Peter la

cogió del brazo bruscamente y, sin escuchar las protestas de Gladys, la empujó dentro del coche». Aquel salvaje era el protagonista de *El amor en la literatura y en la vida*, un folletín de la revista *Chicas*. «Ella, dispuesta a enfrentarse con la situación, se devanaba los sesos, intentando deducir qué era lo que aquel bruto se proponía. Con el rabillo del ojo, lo veía atento al camino y, sin dejar de *sonreír*, *susurraba* entre dientes una cancioncilla».

Sonreír casi se convirtió en una profesión. Existía la *sonrisa* pública, que ocultaba «el privado disgusto familiar» y acallaba *el qué dirán*, y la *sonrisa* de puertas adentro, esa careta que había que mostrar al esposo cuando llegaba fatigado de ganar el pan que ponía cada día encima de la mesa.

Medina, uno de los panfletos del régimen, advertía que aquella era una más de las penitencias que Dios había impuesto a la mujer, como «la permanencia continuada en el hogar, *supeditada* al capricho mandatarario del esposo» o «el *sacrificio* ante la comodidad de los demás». Porque «no otra cosa realiza en su vida que *sobrellevar*, resignada y meritoriamente, esa cruz agradable que se llama *saber ser* mujer».

En aquella generación que vivió su juventud entre la posguerra y una autarquía, se impuso la ese del *silencio*, del *sacrificio*, de la *sumisión*, del *sometimiento*, de la *subordinación*, de los *supeditados*, de los *susurros* y de las *sombras*. Y, para colmo, les pidieron *sensatez*: «Tú, calladita, recogida, *sensata* y buena, al margen de todo ese bullicio sin nada dentro que forma la Generación topolino, tienes magníficas materias primas para formar la felicidad de un *señor* de noble condición varonil» (*Medina*, 29 de noviembre de 1942).

Una férrea moral católica *suplantó* a Dios. La moralidad era más omnipresente que el mismísimo Padre y, a pie de calle, el infinito reino de los cielos acabó convertido en parroquias que funcionaban como una comisaría de las almas. Todo era casto y puro. Y el discurso santurrón y paternalista de aquellas instituciones duras como el hierro llegó a sonar de lo más *tontorrón*. A la muñeca más famosa en los cuarenta y los cincuenta, la carísima e inaccesible Mariquita Pérez, la presentaban así en *Noticieros y Documentales* (el «nodo»): «Promesa y esperanzas. Tiernas vidas necesitadas de protección... Candor, ingenuidad y a veces tierna travesura». Aunque también les contaban historias de terror. A los niños traviesos los amenazaban

con la visita del *Sacamantecas*, un ser monstruoso que sonaba a la versión española de Jack el Destripador.

En aquella generación silenciosa abundaban los varones llamados Antonio, José, Manuel y Juan, y las mujeres eran *cristianadas* como Mari Carmen, María, Carmen, Josefa e Isabel. Todos veían el nodo, el informativo audiovisual que proyectaban los cines, obligatoriamente, antes de las películas. Era el único y el oficial, el que decía la verdad construida en los despachos del régimen. Lo creó la Vicesecretaría de Educación Popular del Gobierno de Franco en 1942 «con el fin de mantener, con impulso propio y directriz adecuada, la información cinematográfica nacional» y se distribuía en camionetas que iban dejando sacos de cintas de películas y nodo por los pueblos del país.

Los primeros informativos se proyectaron en el cine porque aún no había ni televisión (sistema de transmisión de imágenes a distancia) ni televisores (aparatos receptores de televisión). Este medio pertenecía al futuro y la imaginación. La palabra empezó a circular mucho antes que la propia *caja tonta*, como la llamaron en los ochenta. Aquel término surgido de la mezcla de voces de dos grandes imperios de la Antigüedad (*tele*: 'lejos', en griego, y *visionem*: 'visión', en latín) se hizo popular por la radio y las *gramolas*. De ahí empezó a volar en 1947 el sonido de una canción de Lolita Garrido que decía:



La televisión pronto llegará,
yo te cantaré y tú me verás.

Vísteme bien, papá, vísteme bien,
vísteme bien, que voy a transmitir,
que no hace falta tener buena voz,
hay que lucir bastante el figurín.

En 1948 Franco autorizó las primeras pruebas de esta tecnología audiovisual, pero lo hizo con el gesto torcido. Decía que destruiría la sagrada institución de la familia y que acabaría convirtiéndose en un *sumidero* por donde se colarían ideas perniciosas de otros países. El dictador se fue haciendo el *remolón* hasta que, por fin, en 1956, Televisión Española (TVE) empezó a emitir de forma regular. Aunque con mucha cautela. Al principio, solo dieciocho horas a la semana,

hasta donde la señal alcanzaba (el perímetro de Madrid) y únicamente para los dueños de los seiscientos *televisores* vendidos.

El ministro Arias-Salgado pronunció las primeras palabras que salieron en antena: «Hoy, veintiocho de octubre, domingo, día de Cristo Rey, a quien ha sido dado todo poder en los Cielos y en la Tierra, se inauguran los nuevos equipos y estudios de la Televisión Española. ¡Viva Franco! ¡Arriba España!».

Sin embargo, en aquellos tiempos de *gramola* y *magnetofón*, el medio que más ruido hizo entre los silenciosos fue la radio: la oficial (Radio Nacional de España) y las clandestinas (Radio París, Radio Moscú, Radio Praga y La Pirenaica). De ahí salían las coplas, las radionovelas y la canción del Cola Cao, que trazaron la silueta de la cultura popular de la posguerra; de ese país de novelas *sensibleras* para las damas y de fútbol y toros para los caballeros.

Aunque el espectáculo taurino no era del gusto de todos. Un día de otoño de 1940, Franco invitó a Heinrich Himmler a una corrida en Las Ventas. Después de aquel baile de verónicas, banderillas y estocadas, al salir de la plaza, el nazi se quejó. Al capo sanguinario de la Gestapo y las SS, uno de los mayores genocidas de la historia del mundo, le pareció grotesco. Era indignante que lo llevaran a una fiesta tan sangrienta.

Las palabras de *La generación silenciosa*

Los cuartos y las perras

El vocabulario del dinero era más rico que los bolsillos. El tesoro lingüístico de la Generación silenciosa albergaba *cuartos, perras gordas, perras chicas, pesetas, duros, reales, pasta, tela, parné* y hasta una *rubia*. Pero la mayoría de la población *estaba sin una perra, no tenía una gorda o no llevaba cuartos encima*.

Hacia tiempo que había desaparecido el cuarto, una moneda medieval que acarrearón en su faltriquera Miguel de Cervantes y Lope de Vega. Pero la palabra que designaba cuatro maravedís sobrevivió al metal y se convirtió en un genérico para hablar del dinero y de las monedas de uso corriente.

Decir que alguien *tenía muchos cuartos* para indicar que era rico, o exclamar *¡ni qué ocho cuartos!*, era una forma de hablar centenaria que entonces se oía a todas horas. En 1817, cuando la Academia introdujo el término en su diccionario, ya citó este uso popular.

Lo mismo pasó con la *perra gorda* y la *perra chica*. Estas monedas valían diez y cinco céntimos de peseta, la unidad monetaria que acuñó el Gobierno surgido de la Gloriosa, la revolución de 1868 emprendida para quitarse a Isabel II de en medio e instaurar la Primera República. El nombre de la nueva moneda derivaba del catalán: *peceta* (léase *peseta*), que significa 'piececita'.

En una cara de los diez céntimos había un león melenudo que, mirando hacia atrás, sostenía un escudo de España y en la de cinco céntimos aparecía el mismo animal en una versión reducida; pero la

población prefirió ver dos perras que dos leones: a una la llamaron *grande* y a la otra, *chica*.

Los nuevos Gobiernos borraron la figura de los felinos de los céntimos. Pero las *peras* se quedaron en el habla con la misma fidelidad que un chucho se aferra a su dueño. Ellas también se convirtieron en un genérico, como le había ocurrido a los *cuartos*, y pasaron a formar parte de varios dichos populares: *estar sin una perra, no vale ni una perra, ¡para ti la perra gorda!*

Los billetes eran como una alfombra mágica que surcaba los cielos. Se veían pocos y volaban rápido, por eso muchas mujeres, en vez de usar un monedero, los guardaban, bien escondidos y protegidos, en el *sostén*. Y por eso, en muchas tiendas, más que dinero, usaban libretas o papeles de estraza para apuntar *el debe*. Ahí anotaban los productos que se llevaban los clientes de confianza y después, cuando había dinero, saldaban las cuentas. No era raro que un *pipiolo* fuera a un *colmado* para comprar pan y se dirigiera al tendero con esta frase: «Dice mi madre que se lo ponga en *el debe*».

Una de las grandes aspiraciones de la época era *salir de pobre*. Muchos probaban suerte con los resultados de los partidos de fútbol. Echar la quiniela se convirtió en un ritual y el empeño era tal que hasta se publicaron libros que enseñaban unas supuestas leyes de probabilidad para hallar los catorce aciertos. El párroco de la película *Manolo, guardia urbano* (1956) custodiaba en un cajón de la iglesia decenas de ejemplares. Otros tenían más prisa y se vieron obligados a acudir a casas de empeño para dejar en prenda cualquier cosa a cambio de dinero contante y sonante.

En aquellos tiempos de discursos *mojigatos*, los ricos intentaban convencer a los pobres de que la austeridad era una bendición. Eso los mantendría mansos, doblegados. Lo máximo que se permitió fue un poco de sátira para aliviar el calvario de vivir mordiéndose la lengua, como publicó *La Codorniz* en el artículo «Ventajas de poseer una sola y única peseta»: «Gracias a vuestra peseta única y monda os fortalecéis en la frugalidad, la castidad, la honradez y la sabiduría, y sin gran esfuerzo alcanzáis la santidad».

Puchero

A partir de la guerra, el olor a *puchero* cayó en picado. Aquellas cazuelas, que por las mañanas daban a los patios personalidad de ajo frito y verduras cocidas, dejaron de llenar los platos de potaje. Poca *enjundia* ('unto y gordura de cualquier animal') guisarían las panzas de las cazuelas de la mayor parte de la población en las dos décadas siguientes.

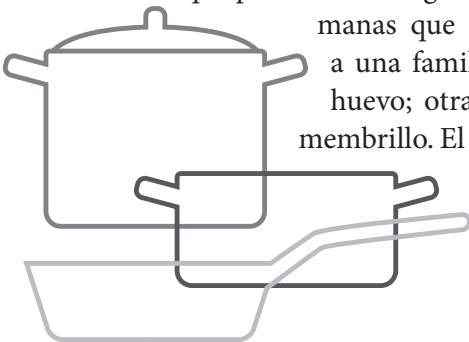
Después de la *cruzada* (así se referían los vencedores a la guerra civil), el hambre entró en las cocinas y echó a *pucherazos* a otro de los significados de esa palabra: «Alimento diario y regular». A *pucherazos*, en su sentido de 'golpe dado con un puchero' porque el otro, 'fraude electoral que consiste en alterar el resultado del escrutinio de votos', era impracticable. Al Caudillo nunca le interesó lo que pensarán los *vencidos*; ni siquiera los suyos, los *vencedores*, y tal fue su represión que hasta Himmler, el temido capo de las SS y la Gestapo, le recomendó en su visita a Madrid en 1940 que se relajara con su política represiva.

Poner el *puchero* se convirtió en una hazaña. Franco, inspirado en la Italia fascista y la Alemania nazi, decidió instaurar una autarquía en España. Una economía de *yo me lo guiso y yo me lo como*. Pero ese aislamiento del mundo no trajo más que hambre, gazuza, sabañones, escualidez y bocadillos, en los que, en vez de *chicha*, metían cualquier *engañifa* para darle sabor al pan.

La dieta de los pobres, es decir, la de casi todos, se basaba en los alimentos que les tocaba por la cartilla de racionamiento y lo poco que pudieran conseguir a través del *estraperlo*. Había se-

manas que aquellos papeles le adjudicaban a una familia pasta para sopa, azúcar y un huevo; otras, garbanzos, tocino y carne de membrillo. El concepto de dieta equilibrada era

un delirio. Eran malos tiempos para los *tiquismiquis*. Se comía de lo que había y lo que



se podía rascar de aquí y allá. Incluso lo que antes se habían considerado desperdicios, como las mondas de plátano o de naranja, cambiaron de estatus alimentario y en vez de acabar en la basura, a veces, se vertían en el estómago.

El régimen intentaba llenar de esperanza el vacío estomacal. Los periódicos, sus aliados por imposición, alimentaban la ilusión con titulares de esta guisa: «Se espera de un día a otro la llegada a nuestro puerto de dos barcos procedentes de América con doce mil toneladas de garbanzos» (*La Vanguardia*, 2 de enero de 1940). Mientras tanto, a falta de *chícharos*, cualquier cosa valía para acallar el rugido de unas tripas aburridas; hasta vestirse de monaguillo. Muchos *pipolos* ('niños, muchachos') vieron en la religión su merienda de los domingos. La onza de chocolate inalcanzable de la tienda tenía un precio asequible en la iglesia: asistir al cura en misa.

Al lenguaje gastronómico también le metieron tijeretazos. La *ensaladilla rusa* fue desterrada porque cualquier mención que evocara el comunismo de la Unión Soviética estaba maldita. En su lugar, durante los años de la España de Franco, se habría de llamar *ensaladilla nacional*.

En aquel barrio de lágrimas, en esa perra vida, como decía Antonio, el protagonista de la película *La vida por delante* (1958), los sucedáneos suplantaron a los alimentos de postín. La achicoria sustituyó al café; la algarroba, al chocolate. En la revista *Medina* animaban a las mujeres, con mucha dignidad, a reemplazar el vino por «un licor de vainas de guisantes» o a comer ortigas en lugar de legumbres. Así, como si nada. Como si más que hambre, fuera un alarde de creatividad.

Más aún. Aquella escasez suponía una bendición. En otro artículo de *Medina*, de 1943, titulado «Tus hijos: verdadero goce», intentaban convencer a las madres de las bondades de la miseria: «Y así, aprendiendo a dominar y a vencer las necesidades corporales, a aprovechar bien el tiempo, a recortar los gustos hasta que quepan dentro de lo posible, no pasarán vuestros hijos un triste tormento por las cosas que, de suyo, no pueden satisfacerse. Mientras tanto se irán purificando».

Otros se tomaban con humor que la dieta no diera para ponerse *gordinflas* ni *fondón* y los payasos cocinaban chistes con el hambre.



—A ver, ¿vosotros sabéis cómo se guisa un pollo con judías?

—¡No! —contestaba el público.

—Pues se guisa el pollo con sus cebollitas, su ajito, su tomatito, un chorrito de coñac. Cuando ya esté bien dorado, se le echan las judías cocidas. Una vuelta. Otra vuelta. Y cuando ya estén doraditas las judías, las tiran, porque es lo que comemos todos los días y nos comemos el pollo, que no hemos comido desde la Exposición de 1929.

VÁZQUEZ MONTALBÁN, M.: *Obra periodística 1960-1973: La construcción del columnista*, Madrid: Debate, 2016.

Eso mismo le ocurría al famoso Carpanta. Aquel personaje hambriento, que apareció en la revista *Pulgarcito* en 1947, no aspiraba más que a comerse un pollo asado. Escobar, su creador, lo bautizó así (o lo *cristianó*, como se decía en aquella sociedad gobernada por la Iglesia católica) porque *carpanta* significa 'hambre violenta'. Pero el historietista dibujó con sutileza. La censura devoraba cualquier crítica al sistema y a finales de los cincuenta estuvo a punto de matar al personaje de pajarita y camisa a rayas por calumnias: «En la España de Franco nadie pasa hambre».

Hoy apenas se habla del puchero como «alimento diario y regular». Tampoco del segundo significado que le atribuye el *Diccionario de la Lengua Española* (DLE): «Especie de cocido, como el cocido español». En su lugar, suena *potaje*. Ahora lo más común es oír que un niño está *haciendo pucheros* («gesto o movimiento que precede al llanto verdadero o fingido»), como lo describe el DLE).

Dicen que esta expresión podría venir del ruido que hacían los alimentos al hervir en aquellas vasijas de barro: chop, chop. Sonaba parecido al de los críos que gimoteaban antes de romper en lágrimas. Pero puede que en la posguerra, más que una similitud, fuera un reemplazo y el chapoteo de la cacerola se ahogara en los sollozos de algún niño *enclenque* ('débil, enfermizo') o rascayú (palabra que hacía referencia a un ser esquelético al que una famosa canción de los cuarenta preguntaba en su estribillo: «Rascayú, ¿cuando mueras, qué harás tú?»).

Paragüero

La moda de usar y tirar pertenecía al futuro. Después de la guerra era impensable semejante derroche. En aquella época, si había algo, era escasez. La vida de los objetos se alargaba todo lo que diera de sí. De los paraguas, los colchones, los cuchillos... De esa necesidad de estirar el uso de las cosas vivían los *paragüeros*, los *colchoneros* y los *afladores* o *amoladores* que sacaban las uñas de los instrumentos cortantes o punzantes. Eran hombres que, para arreglar esos artículos, paseaban por las calles de los pueblos y las ciudades al grito de «paragüerooo... Se arreglan paraguaaaas»; «colchonerooo»; «el afiladooor»...

El *paragüero* llevaba encima sombrillas viejas de distintos tamaños. De ahí sacaba las varillas que ponía en los paraguas estropeados de sus clientes. Era un oficio que venía del siglo anterior. El diccionario académico incorporó a esos trabajadores ambulantes en 1899 y hoy los mantiene en su primera acepción como: «persona que hace o vende paraguas»; pero conforme el siglo avanzaba la profesión fue desapareciendo y se impuso el significado de su segunda acepción: «mueble dispuesto para colocar los paraguas y bastones».

El *colchonero* iba por las casas dando varazos a los colchones. Esa era la forma de desapelmazar la lana que tenían en su interior y que les daba su sensación mullida. Aunque algunos, como don Pantuflo Zapatilla, también usaban el sacudidor de colchones para perseguir a sus hijos cuando cometían una travesura. Así acababan muchas de las historietas de *Zipi y Zape*, los protagonistas de un tebeo de José Escobar que apareció en los quioscos en 1948.

El vocablo *colchonero* aparece a menudo en la prensa del siglo XXI. Pero hoy hace referencia a los jugadores o aficionados del Atlético de Madrid. Esa es la segunda acepción que le da el DLE. Es mucho más raro escucharlo con el sentido de su cuarta significación: «Persona que tiene por oficio hacer o vender colchones».

Aquellos años de la posguerra supusieron el fin de otras profesiones. También desapareció el *telero* (el que vendía telas por la calle), el *trapero* (recogía ropa y zapatos viejos y, a cambio, entregaba platos y tazas de loza), el *lechero* (iba tocando a la puerta de las casas para vender leche), el *recadero* (llevaba mercancías de un sitio a otro), el *lañador* o *latero* (artesano que reparaba utensilios de porcelana) o

el *guarnicionero* (arreglaba y fabricaba objetos de cuero). Tampoco es habitual ya encontrarse un *lechero* vendiendo leche por las casas o un aguador con garrafas y cántaros.

Muchas mujeres también salieron a la calle a buscar algo de dinero que llevar a casa. Ellas solían vender cigarrillos o chucherías. Eran las *cigarreras* o *barquilleras* (vendedoras ambulantes que llevaban auestas una cesta con tabaco o dulces y caramelos). Algunas corrían cuando veían aparecer a un policía porque no tenían licencia; eso es lo que hacía siempre *la Pili* en la película neorrealista *Surcos* (1951). Hoy se repite la escena con los vendedores de DVD, collares, juguetillos o latas de cervezas por las esquinas de los bares a altas horas de la madrugada. La venta callejera parece estar destinada a los que ocupan puestos rasos en el escalafón social. La diferencia es que ya no son mujeres españolas. Los que escapan de los guardias son personas que vinieron huyendo de la pobreza de su país.

En aquel escenario de la posguerra era fácil encontrar un *limpiabotas* que se ofreciera para sacarle lustre al calzado de los viandantes. Otras veces eran los clientes quienes los llamaban al grito de «¡limpiaaa!». Eran tan habituales que a menudo aparecen por algún bar o una calle de las películas neorrealistas de la época. En el largometraje español *Manolo, guardia urbano* (1956), uno de los protagonistas era un *lustrabotas*. Incluso una película italiana que se titula así, *El limpiabotas* (1946), de Vittorio de Sica, recibió un Óscar y hoy se considera uno de los grandes clásicos de aquellos años cuarenta, cuando el principal oficio era buscarse la vida como fuera.

Solterona

Todos los bebés venían con el mismo libro de instrucciones bajo el brazo. Los niños debían estudiar o trabajar *para el día de mañana*. Tenían que convertirse en *hombres de provecho*, con un buen empleo y un sueldo decente que diera de comer a su familia. A ellos los preparaban para *mantener* a su esposa y a sus hijos. Las niñas, en cambio, tenían que aguardar a que una estrella generosa les pusiera un buen marido delante («bueno, honrado y trabajador», decían entonces); y más les valía, porque el matrimonio sería todo su mundo.

No era habitual ni deseable que las mujeres trabajasen fuera del hogar. Ellas estaban mejor en casa, bajo la protección del marido. Ya lo decía el chascarrillo, que aludía a las dos grandes marcas comerciales de esta bebida: «La mujer, como la gaseosa, mejor Casera que Revoltosa». Ellas cuidaban el hogar y ellos llevaban las habichuelas; de ahí su autoridad. Y con la *manduca* encima de la mesa, qué más *cuitas* ('deseos, anhelos') podían tener esas florecillas del *sexo débil*.

Para aleccionar a la nueva esposa, era habitual regalarle en su boda un libro de un clérigo del siglo XVI, *La perfecta casada*, de Fray Luis de León, que, entre otras cosas, decía: «Lo que turba la vida es casarse con una aborrecible. La tristeza del corazón es la mayor herida y la maldad de la mujer es todas las maldades. Toda llaga, y no llaga de corazón; todo mal, y no mal de mujer. No hay cabeza peor que la cabeza de la culebra ni ira que iguale a la de la mujer enojosa. (...) La mujer dio principio al pecado y por su causa morimos todos».

Pero lo más importante de todo es que solo bajo la bendición católica del *casorio* se podían engendrar *rorros* ('niños pequeños'). Y la mujer, como todos sabían, había venido al mundo para llenar las calles de *chiquillos*. Una madre era una mujer completa. Una mujer sin vástagos era algo así como media mujer. «Sólo es mujer perfecta la que sabe formarse para ser madre. Si en el agradable camino de una vida fácil, la mujer no sabe prepararse más que para el amable triunfo de salón, pobre será su victoria... El gozo de ser madre por el dolor y el sacrificio es tarea inexcusablemente femenina», proclamaba el 6 de diciembre de 1942 la revista *Medina*, uno de los panfletos del régimen dirigidos a las jóvenes.

La guerra había enterrado a toneladas de hombres. Otros cayeron después ante el disparo vengativo de los vencedores o fueron enjaulados como presos políticos. La emigración se llevó a muchos *guayabos*, como llamaban a los hombres jóvenes y atractivos. Muchos novios que partieron a otros países no volvieron jamás. El dictador Francisco Franco quería deshacer el entuerto que había dejado en la pirámide de población y enalteció el papel reproductor de la mujer y el orgullo de la familia numerosa. Esa era la más excelsa misión en la vida de la hembra: repoblar aquel país desolado.

La mayor aspiración de una *mocita* era *pescar* o *cazar* un marido, es decir, contraer matrimonio con un buen partido o, mejor aún, un

partidazo. Pero la guerra se llevó a muchos machos de la faz de España y algunas se quedaron sin esposo ni *gaché* o *gachó* («Hombre, en especial el amante de una mujer», según el DLE). A algunas nadie las *pidió* en matrimonio y a otras les dieron *calabazas*. ¡Maldición! Una mujer que no podía procrear y que no tenía a un varón que le comprara las lentejas se convertía sistemáticamente en una *solterona*.

No era soltera. Era sol-te-ro-na. Esa sílaba de más venía cargada de malicia porque implicaba cierto fracaso vital. A las niñas las instruían en el «arte del guiso y la limpieza» y en la «ciencia de la administración del hogar». Las educaban dóciles y serviles; sumisas y sacrificadas. ¿Para qué servía una mujer si no era para repoblar la Tierra y tener la sopa caliente cuando el marido asomaba por la puerta? La Sección Femenina, la rama del partido único dedicado a la mujer, aclamaba que su «importante misión» era «formar mujeres en el amor de Dios, haciéndoles ver cada vez más bello el dulce rincón del hogar, sitio donde han de rendir sus más altos valores espirituales» (Estampas de un albergue de Juventudes Femeninas, revista *Medina*, 7 de octubre de 1945).

Las mujeres que no vistieron el *tul ilusión* (el tul del traje de novia) tuvieron que buscarse un destino distinto al que su madre había soñado. «Ahora que la veáis casada», deseaban los familiares a los padres de una niña en un acto social tan importante como era su primera comunión. «Dios te oiga» o «Dios lo quiera», anhelaba la mamá. Pocas noticias recibían más *parabienes* ('felicitaciones') que el anuncio de una boda o la llegada de un nuevo orro.

Algunas que no fueron *desposadas* se casaron con Dios (porque *no había dios que se casara con ellas*, decía con mofa el padre Crisógono, del Colegio San Agustín de Madrid) o, lo que es lo mismo, se metieron a monjas. Otras buscaron trabajos de secretarias, maestras, sirvientas, costureras o una ocupación bien vista para una mujer. Pero algunas no pudieron hacerlo y se quedaron viviendo con sus padres como niñas perpetuas. Tener un empleo fuera de casa no era nada de lo que presumir. «No trabajo porque mi madre dice que qué va a pensar la gente», cuenta la protagonista de *Calle Mayor*, un largometraje costumbrista de 1956. Y entonces lo que pensaba la gente era más importante que lo pensara uno mismo; no había juez ni verdugo más implacable que *el qué dirán*.

Muchas mujeres mantenían una relación sentimental en secreto con un hombre casado, que les proporcionaba dinero y, a veces, hasta una casa: *Les ponían un piso*. Pero no eran amantes. Esa palabra es más propia de finales del siglo xx. Entonces las llamaban *queridas* o, de forma menos poética y más zafia, *mantenidas*. Después, quedaba lo de siempre: las salas de fiestas de los señoritos y las habitaciones en tugurios para ejercer la prostitución.

La palabra *solterona* tenía un sabor amargo. Pocas veces se soltaba a la cara; era, más bien, un calificativo para dejar ir a la espalda o por lo bajinis. A muchos les inspiraba pena. «Pepi, la pobre, es una solterona», podía murmurar, condescendiente, una mujer de otra que no estaba presente.



A la lima y al limón,
tú no tienes quien te quiera.
A la lima y al limón,
te vas a quedar soltera.
Qué penita y qué dolor,
la vecinita de enfrente
soltera se quedó.

Lo cantaba Concha Piquer en su famosa copla «A la lima y al limón». Otros lo usaban como burla, a veces despiadada, como escenificó Juan Antonio Bardem en *Calle Mayor*. Esta película hispano-francesa muestra el desprecio que sentían muchas personas por las mujeres que no encontraron marido. «Se va a quedar para vestir santos», decían, porque su mundo, si no era fregar y criar chiquillos, debía estar en la oración y la iglesia. Era impensable que una mujer fuera sola al cine, al teatro o a un bar. Eso solo lo hacían las *frescas*, las *fulanas* y las «mujeres que fuman y hablan a los hombres de tú».

El único lugar donde podían salir a que les diese el aire sin que *chismorrearan* o *chafardearan* a sus espaldas era la parroquia. Por eso, a menudo, eran religiosas devotas; *beatas*, las llamaban. Apenas se relacionaban con el género masculino. Tan solo con el cura en el confesionario y con Dios en su fuero interno.

La soltería conllevaba la más absoluta castidad porque el sexo no tenía más fin que la procreación y la procreación solo era posible

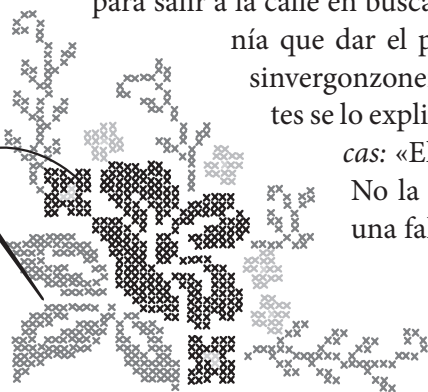
dentro del matrimonio. Estas mujeres solían llegar a la tumba sin haber *probado varón*; inmaculadas, como el manto de la Virgen.

También había solterones, por supuesto, pero se les tenía más respeto. No dejaban de llamarlos *viejo solterón*, *solterón empedernido*, *solterón recalitrante* o *solterón impenitente* ('el que se obstina en el pecado y persevera en él sin arrepentimiento'). Pero la sociedad podía llegar a consentir que hubiera despreciado el matrimonio por desinterés o porque vivía entregado a su noble profesión. A ellas, en cambio, las trataban como descartes. Eran esas a las que nadie quiso y quedaron toda su juventud esperando a que un caballero las invitara a salir.

🎵 Se han casado sus amigas,
se han casado sus hermanas,
y ella, compuesta y sin novio,
se ha quedado en la ventana.

La Piquer cantaba esta escena en «A la lima y al limón», aunque la espera en la puerta o la ventana pertenecía a otros tiempos. En las décadas de los cuarenta y los cincuenta, el cortejo se modernizó. Lo habitual era salir a la calle o la plaza del pueblo a dejarse ver. El largometraje *Calle Mayor* muestra ese ritual en el que todos los días, a la misma hora, los jóvenes salían a dar vueltas por el mismo lugar. Las chicas iban bien *acicaladas* y los chicos se ponían bien *gallardos*. Se miraban, se saludaban, se volvían la cara. Era un código de coqueteo en el que cada gesto tenía un significado.

Los paseos a misa o a rezar el rosario eran otra excusa decente para salir a la calle en busca de *pretendiente*. Porque el que tenía que dar el primer paso era el varón. Menuda sinvergonzonería si lo hacía ella. A las adolescentes se lo explicaban bien clarito en la revista *Chicas*: «El Esposo elige siempre a la Esposa. No la Esposa al Esposo. Eso sería como una falta de humildad».



La maldición de la soltería venía de lejos. En 1788 el *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana* recogió por primera vez esa palabra. Los años setenta aliviaron ciertos dictados morales, aunque la soltería seguía siendo abominable. En 1973, Cecilia se rebeló con su música. En el programa de televisión *A su aire*, la cantautora presentó un tema así: «Os voy a cantar una canción que creo que todas las mujeres entendemos un poco porque mi madre está empeñada en casarme. No sé si alguna de vuestras madres también. Y entonces he escrito una canción que se llama *Me quedaré soltera* porque me voy a quedar soltera».

La palabra sigue en el DLE como un adjetivo que identifica a una persona «entrada en años y que no se ha casado», pero su carga moral empieza a evaporarse. La soltería ha dejado de ser una condena y hoy incluso se presenta como algo atractivo. En el siglo XXI se ha puesto de moda hablar de *singles*, que tiene más *sex appeal*.

Pecaminoso

En aquella época regía un Dios severo. El Todopoderoso vigilaba y juzgaba a todos desde el reino de los cielos. La lista de pecados era extensa, pero había uno especialmente que hacía que a Dios le llevaran los demonios: el sexo.

El fornicio, o *quilar*, tenía una única función: procrear. La sexualidad se maldijo y se convirtió en algo *indecente, marrano, feo y pecaminoso*. Era una estrategia que desplegaron a dúo la Iglesia y el dictador. Muchos aseguraban que Franco abominaba del sexo y que solo se vio en esas una vez: la noche que concibió a su hija Carmenita. Pero el caudillo delegó el marketing de la represión sexual en los confesionarios y en las moralinas de la Iglesia.

Eran las monjas y los curas quienes aconsejaban a los jóvenes que se interesaran por las danzas regionales en vez de por esos bailes en los que el cuerpo del hombre y la mujer acababan pegados. Había que *cuidar las distancias* porque el pecado acechaba sin piedad. Aguardaba en el interior de un beso fuera del matrimonio o una caricia bajo la falda de un *guayabo* (esta vez con el sentido de 'muchacha joven y agraciada') que aún no había sido *desposada*. El régi-